

NOMBRES DE CALLES

SABIDO es por todos los filólogos la multitud de voces euskaras esparcidas por todas las provincias de España, en nombres propios de montes, ríos y pueblos, prueba irrefutable de la existencia del idioma euskaro en toda la península ibérica, así como también la existencia de esos mismos nombres en el extremo oriente de Europa. Y si eso sucede en España y en Europa, es natural que en la nomenclatura de las calles del país vasco figuren nombres vascos, con preferencia a otros, aunque sin desdeñar nombres de fuera, que merezcan perpetuarse.

Húyase siempre al verificar el cambio de nombres de la vía pública de emplear títulos de actualidad o de circunstancias, fijándose un plazo de un siglo o de medio siglo de fecha en la cual haya tenido lugar el suceso histórico con cuyo nombre se ha de *bautizar* la calle o plaza, prefiriéndose siempre el más local al par que el más respetable y el más lejano de suscitar rivalidades, reviviendo antiguas divisiones.

En el país vasco hemos entrado ya hace algunos años en esta sana, patriótica y justiciera costumbre; por eso lo que aquí se escribe, no es para enseñar el camino que se sigue, debe seguirse y no abandonarlo nunca, perseverando en él, por eso estas cuartillas son corroboración directa de lo que se hace y ejemplo para confirmarse en el emprendido camino; siguiendo esos derroteros, tendremos nombres de calles, y no nomenclatura callejera.

Y como ya entre nosotros, la buena costumbre se ha consolidado, nada añadiré referente a nombres de calles, pero sí debo comentar algo tocante a nomenclatura callejera. Hay que ser serio y formal de vez en cuando y meterse por el campo de la paleografía y de otras ciencias, o

lo que sean, no menos agradables y fáciles y de pronta digestión *gastrointelectual*. No todo han de ser en esta vida y en este asunto, chiritas y música celestial.

Y cuidado que el tema de la nomenclatura callejera se presta a las más detenidas, sesudas, pacientes y aburridas investigaciones de todas clases, desde las investigaciones del simpático cobrador de contribuciones, al no menos fructuoso investigador de las agencias matrimoniales.

Para que no se asuste el gallinero, quisiera y quiero declarar previamente, que mis investigaciones se referirán a otras poblaciones que no son nuestras, por ejemplo a Madrid, pero que cambiando el tono tienen general aplicación, sin miedo a cosechar cucurbitáceas, por falta de aplicación y estudio oportuno. Y no vale detallar, porque existen personas más suspicaces que una tortuga solitaria, una *menegilda* neurasténica o una gata tífica y mariposa.

Vamos, pues, a emprenderla con la nomenclatura callejera, y tomemos al azar el nombre de una calle, de la calle del León, vamos al caso.

Les aviso a ustedes, por lo que pueda ocurrir, que no tengo a la vista ni a la mano, ni cerca ni lejos, un librito que algunos ciegos, naturales y artificiales, de la Villa y Corte del Oso y del Madroño, y *aliquando* de la trampa y del milagro—en alguna clase social—publican a voz en cuello de este modo:

*Librito con las calles de Madrid
y por qué se llaman así...*

Ignoro lo que el tal librito dice de la calle del León y lo voy a decir yo.

Iba ya bien corrido el siglo XVI, tan corrido, que estaba finalizando, cuando llegó a las afueras de esa calle, muy corta entonces y hoy también, y que terminaba en campo abierto, en tierras donde se sembraba remolacha para las Azucareras, que funcionaban hacia ya muchos años, porque entre nosotros siempre se han usado azucareras, ora de plata, ora de porcelana, ora de barro, ora *pronobis*. Llegó al final de esa calle, decía, una *troupe* de juglares, saltimbanquis, buhoneros o como se llamasen entonces, acompañada de otra tropa de gente maleante y capaz de cualquier cosa nada buena. Viajaban la *troupe* y la tropa en amable consorcio y de conserva, exactamente igual que ahora lo hacen los barcos que cruzan el mar en caravana, para evitar tropiezos submarinos y aumentar la seguridad con la defensa mutua. Ya que

entonces, como ahora, conviene defenderse de los ladrones, en los caminos y aún más en las ciudades, sobre todo en las modernas y en los tiempos presentes.

Montó la *troupe* su tinglado y exhibían en él una *menagerie* donde había un león viejo, achacoso y escuálido, que no podía ya ni con la melena, ni con el rabo, ni con la piel, ni con sus huesos, que se le transparentaban a través del pellejo, sin necesidad de la aplicación de los Rayos X, ni de que le sacasen los cuartos (no me refiero a los cuatro cuartos del león, sino a los cuartos en metálico, ya fuesen en perras chicas o en perros gordos).

Tan inservible estaba el animalito, que su dueño decidió deshacerse de él, y como no renía aquel rey de los animales nada aprovechable, ni aun la piel, casi sin pelo, y tampoco quería, o no podía su dueño costear el entierro civil de aquel monarca del desierto, tan venido a menos, pronto y bien mandado pensó darle suelta y, como lo pensó, lo hizo. Una mañanita, temprano, cuando salía la gente devota de oír misa en la próxima iglesia de Ntra. Sra. de Loreto (vulgo Niñas de Leganés), abrió la jaula en que encerraba al animalucho, y éste corrió por la calle a un elegante trote cochinerero. Pasaba a la sazón un finchado hidalgo, de hebillas en los zapatos, encajes en los calzones y en las bocamangas, almidonada golilla y enorme chambergo con fanfarrona pluma, y tirando de tizona, dió al bicharraco un bajonazo, de esos propios y peculiares de cualquier maleta, antes de conseguir ovaciones de entre barreras.

Allí quedó el animal muerto, agolpándose gran gentío que había venido a gozar del extraño espectáculo de una fiera muerta en plena calle, yendo personas de todos los barrios de la Villa, incluso de los alrededores del convento de San Gil, distante del lugar del suceso; convento que andando el tiempo fué cuartel de artillería, donde ocurrió la sublevación de los sargentos el 22 de Junio del año sesenta y tantos y dió lugar al fusilamiento de una veintena de militares y algún paisano, si no recuerdo mal.

Y como en aquel tiempo del león muerto, no había apenas servicios municipales de policía urbana, y, por ende, ni barrenderos, ni carros de la basura, ni carricubas, ni barrenderas mecánicas, ni judíos de Romanones (como llamaron los hombres de buen humor a los guardias municipales montados, creados por el conde), ni faroleros del gas, aunque sí de los otros—que en todos tiempos los ha habido—

de esos otros que trabajan desesperadamente por no trabajar o para fabricarse un papel de estraza con que envolver sus pretenciosas personillas, aunque, a pesar de tal cubierta, se les ven las orejas, resultando unos imbéciles absolutos; y como no había, repito, policía urbana, allí quedó el cadáver del león asesinado, hasta bien entrada la noche, durante la cual—según malas lenguas—, un salchichero extranjero lo cogió y se lo llevó.

Alguién debió enterarse, pues frente al sitio del suceso estaba el palacio de la Nunciatura, muy frecuentado, el mismo que sirve al presente de albergue a la Academia de la Historia, de la que es director el ilustre bilbaíno marqués de Laurencín, respetable y buen amigo mío.

Tal acontecimiento dió nombre a la calle del León, por parte del pueblo, que luego confirmó el Excmo. Ayuntamiento, dicho con todo el respeto debido y la posible precaución.

Me preguntarán los lectores creyentes, de dónde he sacado esos detalles si no los he *fusilado* del

Librito con las calles de Madrid
y por qué se llaman así,

que pregonan por las calles los ciegos naturales, artificiales, tempore-ros o industriales; pues no los he tomado de ninguna parte, por la razón sencillísima de que el tema principal es mentira y casi todos los detalles también.

—*Un lector* (todo enfurruñado): Embustero.

—*El autor* (muy tranquilo): Gracias.

GOITIECHEA

